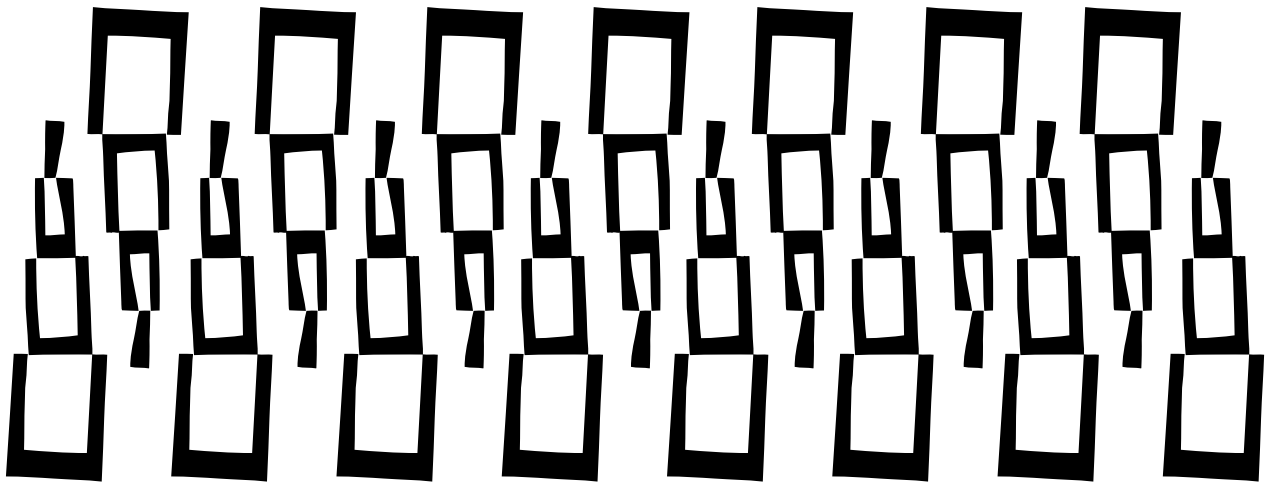


Historias del poder.

El adúlador político según Shakespeare

Lorenzo Gómez Morin Escalante



*El poder, en su infinita desmesura, vuelve
histérico hasta al más cuerdo*

Shakespeare, al igual que otros autores, vislumbraron que la relación con el poder lleva a las personas a conductas dignas de análisis. El adúlador, como personaje de Hamlet, es abordado aquí a la luz de políticos conocidos de la historia reciente de México.

“Yo no sé más de gobierno de ínsulas que un buitre”,¹ le confesó Sancho Panza a Don Quijote, cuando éste le aconsejaba cómo llevar un buen gobierno. Don Quijote representaba el antiguo régimen, cuando los gobernantes eran educados toda su vida para saber cómo manejar el poder y, Sancho, el nuevo vasallo rural que, aunque no entendía en qué consistía toda la responsabilidad de controlar un Estado, quería “probar a qué sabe el ser gobernador”.

Miguel de Cervantes, al igual que Shakespeare, observaba cómo el tiempo se venía encima de las

instituciones políticas como la monarquía, para ser transformadas en tiempos venideros, cuando sectores de la sociedad que no opinaban o participaban en cuestiones políticas –como un Sancho Panza– creían ahora poder hacerlo; cuando la legitimidad divina del rey se transformaba en otra en la que era necesario rendir cuentas no a un *populus* sino a una ciudadanía participativa en la toma de decisiones. Aunque estos dos autores no vivieron la revolucionaria etapa de generación de ideas conocida como La Ilustración, su brillante capacidad de inferir el futuro del hombre por la naturaleza que lo caracterizaría siempre: la búsqueda del poder, les permitió visualizar ese cambio entre dos épocas, del *ancien régime* al Estado Moderno.

En Shakespeare este cambio es muy claro en el diálogo entre Hamlet y uno de los sepultureros que se encargarían del sepelio de Ofelia. Cuando, asombrado Hamlet de la osadía con la que uno de estos *clowns* sarcásticamente corregía al príncipe, dándole a entender que sólo se podía enterrar a un cadáver

¹ Miguel de Cervantes Saavedra. *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Alfabuara. 2004. Pág. 866.



y no a una mujer, le comentaba a su buen amigo Horacio: “[...] ¡Por Dios! Horacio, de tres años acá lo he venido observando: nuestro siglo se refina de tal modo, que la punta del pie rústico llega tan cerca del talón del cortesano, que le desuella los sabañones [...]”²

Cuando la figura de el Duque –en Don Quijote– se percata de la aspiración que Sancho Panza tenía de gobernar la ínsula con honestidad y humildad, el primero previene al escudero de Don Quijote sobre la “dulcísima cosa que es el mandar y ser obedecido” (pág. 866), aunque al costoso precio de desvivirse por el gobierno. Según Shakespeare, el poder ciega totalmente porque es una pasión desmesurada, nunca es suficiente, por lo que no puede uno ver o interesarse en los de abajo, es decir, teniendo la oportunidad de controlar un Estado no podría nuestro Sancho cumplir con esa gestión humilde y honesta que tanto anhelaba, porque el poder corrompe. Y, siendo testigos del proceso histórico del hombre, no hacen falta ejemplos de quienes han estado dispuestos a sucumbir ante el poder con tal de gozar de sus delicias.

Shakespeare nos muestra el mundo humano como un mundo de dos caras: por un lado, la autoridad, aquéllos que tienen un dominio sobre otros; por el otro, los sometidos o desposeídos. El perfil del que ansía más poder nos lo describe el británico con Ricardo III, aquél para quien todo es válido en el

intento de saciar lo insaciable, ya fuesen mentiras y seducciones o asesinatos y demagogia, donde revela como su característica esencial no su inteligencia sino su astucia, es decir, pareciendo ser alguien bondadoso e interesado por su estirpe real: los York, en realidad siempre estuvo cegado por el deseo de controlar un Estado. Por otro lado, tenemos a los desposeídos, el pueblo, quienes, para Shakespeare, sólo estiman a sus gobernantes por su carisma, tal y como los retrata en Hamlet:

“[...] no opinan con su juicio, sino con sus ojos”
(*Hamlet*, Pág. 1374)

La figura que Shakespeare describe y toma en cuenta en personajes como Polonio –en Hamlet– representa a los desposeídos que rodean y se alían con quienes tienen poder, generando una falsa relación de confianza a través de la hipócrita admiración y amistad con sus superiores, para así poder manipularlos e, incluso, arrebatárles su dominio. Este elemento fundamental para la política, y la historia, es el adulador. Así como tener poder genera miedo en el poseedor, pensando en que pueden derrocarlo, los subordinados en la pirámide, como el adulador, también temen por su perdurabilidad, ya que, sin incurrir a la violencia, pueden ser eliminados de la lista arbitrariamente por el tirano.

El adulador no es sólo el que actúa o dice de manera interesada lo que cree que puede agradar a un superior para obtener su aprobación y protección;

² Obras Completas de William Shakespeare. *Hamlet*. Aguilar. Pág. 1386.



no adula porque sí, adula porque al hacerlo puede manipular y, finalmente, quien sabe manipular sabe cómo manejar o controlar a los poderosos para su propio bien. El adulator no obtiene el poder por méritos sino por su sagacidad, es el que logra convencer a sus superiores de que una vez que tengan que heredar su dominio, quien mejor uso puede hacer de él es su hipócrita y falso aliado, nadie más. Los más capacitados, quienes tienen una mayor vocación para ejercer la autoridad como una herramienta, no como una satisfacción personal, deciden, en muchos casos, no desvivirse por el poder, conociendo la desmesura y locura que éste engendra en muchos que no lo saben manejar, con lo que dejan la potestad del Estado en manos de los ególatras y manipuladores que se ciegan por una de las pasiones más intensas en el espíritu humano: el placer de someter o controlar a otros.

El diálogo entre Hamlet y Polonio, cuando el príncipe se mofa con ironía de la capacidad de adulación de Polonio, demuestra muy bien lo explícitamente contradictorio, falaz y oportunista que puede ser un adulator con tal de satisfacer los deseos o creencias de su amo:

“Hamlet: ¿Veis aquella nube cuya forma es muy semejante a un camello?”

Polonio: Por la misa, y que parece un camello realmente

Hamlet: Yo creo que parece una comadreja.

Polonio: Tiene el dorso de una comadreja

Hamlet: O de una ballena

Polonio: Exacto; de una ballena”

(*Hamlet*, Pág 1367)

Shakespeare nunca subestima la astucia de los aduladores, lo podemos observar, por ejemplo, entre la relación de Julio César y Bruto: el primero nunca hubiese pensado que uno de sus protegidos sería de los principales conspiradores contra el emperador, incluso, se sorprende de tal forma al enterarse que por ello existe el tan conocido guión “Et tu, Brute” (¡Eres tú -o Fuiste tú- Bruto!).

Al dar lectura a Hamlet, podemos percatarnos que la capacidad de manipulación de Polonio sobre el rey no es tan considerable. Simbólicamente es un personaje débil, parece ser que la única esfera de poder donde puede influir sustancialmente es en el control de los actos de su hija –Ofelia–. Aunque muere pronto y fácilmente por las manos del príncipe Hamlet, no debería ser su fragilidad lo que más debemos de caracterizar como propósito de Shakespeare en este personaje. Por ser alguien que pertenecía a la realeza danesa, el anhelo de remontar un escalón a la vez en la pirámide de poder produjo una enajenación monstruosa que justificaba cualquier tipo de acto en aras de la obtención y manutención de aquél. Polonio ya estaba muerto antes de que Hamlet lo ejecutara.

Algo que Shakespeare no hace explícito es responder ¿para qué son necesarios los aduladores alrededor de los poderosos? Por otro elemento fun-

damental en la naturaleza del hombre: de nada sirve tener dominio sobre un territorio –o sobre una población– si no hay nadie que lo reconoce. El hombre es un ser vanidoso, aún más con poder, lo que no le permite mirar más allá de sí mismo, necesitan- do que todo el mundo lo venere y aclame. Por eso muere el rey Claudio³ y su esposa –tío y madre de Hamlet, respectivamente–; porque el poder, en su caso, se había transformado en avaricia y envidia entre hermanos. Al igual que Ricardo III, un individuo que se considera a sí mismo vil y no deseado, el rey Claudio detesta y envidia todos los elementos de grandeza en su hermano –padre de Hamlet, anterior monarca de Dinamarca– y, sobre todo, que el pueblo lo venere y ame. Hamlet es el único elemento en la realeza danesa que no es asesino de su consciencia y sensatez, él considera al poder como una prisión al decir:

“Dinamarca es una cárcel [...] una soberbia cárcel, en la que hay muchas celdas, calabozos y mazmorras [...]”

(*Hamlet*, Pág. 1352)

El problema de Hamlet es que intervino en el camino de los que están dispuestos a lo que sea por tener la capacidad de someter a los demás, o de quienes han sido desposeídos de ella, que es igual de peligroso. La última escena, de enfática tragedia, sucede para recordarnos que el poder destruye aunque sea usurpado o legítimamente poseído, ya que el hombre está dispuesto a pelear hasta la muerte con tal de no perderlo.

La historia de la sucesión presidencial de México en el siglo XX fue una etapa favorable para los aduladores, triunfantes al heredar el poder una y otra vez, arrebatándolo a quienes más preparados estuviesen para él, aunque no tan dispuestos a desvivirse como quien adula y manipula. La principal característica de los “más capaces” aduladores es el barroco. Aunque no sepan cómo administrar una nación, aunque no sepan reconocer sus límites o escoger sus batallas, utilizan la demagogia para enmascarar una crisis política o económica como una “época dorada” de avances y reformas estructurales. Polonio le decía a la reina de Dinamarca –madre de Hamlet– que quería ser breve para hacerle un comentario:

“porque el día es día, noche la noche y tiempo el tiempo, no sería más que perder la noche, el día y el tiempo. Así, pues, como quiera la brevedad es el alma del talento y la prolijidad sus miembros y atavíos exteriores, voy a ser breve”.

(*Hamlet*, pág. 1350)

Una persona que utiliza cuarenta y siete palabras para decir algo que se puede decir en dos (seré breve), tiene la capacidad para disimular un panorama oscuro en un ambiente armonioso para el superior que lo escucha y, obviamente, le resulta más fácil mentirle al pueblo con políticas públicas falaces y sobornos, cuando éste, como Shakespeare nos recuerda constantemente, “sólo juzga con sus ojos y no con su mente”.

El heredero de la mayor estructura sindical en México (CTM) no sería alguien capaz de darle voz y autonomía a sus protegidos, sino alguien que podría perpetuarse en el poder gracias a su capacidad de adulación, de garantizarle al PRM –futuro PRI– la permanente victoria electoral gracias a la movilización de sus “sociedades de masa”: Fidel Velásquez. Pudo haber sido lógico que el sucesor de Cárdenas en 1940 fuese su maestro, y uno de los últimos caudillos de la revolución: Francisco Mújica, pero Manuel Ávila Camacho supo cómo convencer a Cárdenas que el mejor adulador –él mismo– era quien mejor capacitado estaba para generar consensos y alianzas con otros grupos –empresarios–, partidos –Partido Comunista– o países –EEUU–, para el futuro beneficio del PRI.

El compadrazgo político es la institucionalización del favoritismo entre un superior y su protegido. Su máximo esplendor llegó cuando Echeverría le heredó la silla presidencial a su viejo amigo: José López Portillo.

Una de las etapas más “shakespeareanas” para ejemplificar la manera en que un adulador logró recibir el poder presidencial, arrebatandoselo a un séquito de hombres preparados para administrarlo, es el período de 1982-1988, cuando el ex presidente Carlos Salinas de Gortari consiguió ser el “tapado” de Miguel De la Madrid.

Los dos pilares fundamentales del Poder Ejecutivo durante ese sexenio fueron, por un lado, la Secretaría de Hacienda encabezada por Jesús Silva-Herzog y, por el otro, la Secretaría de Programación y

³ Hermano del padre de Hamlet, antiguo rey de Dinamarca.

Presupuesto, dirigida por Carlos Salinas de Gortari. Los dos funcionarios eran fuertes candidatos para la sucesión presidencial en 1988.

Jesús Silva-Herzog “gozaba de indudables ventajas: la generacional –nació en 1934, igual que De la Madrid–; la profesional –su carrera siguió casi la misma trayectoria que la del Presidente, con la excepción de sus estudios en la Facultad de Economía, a diferencia de Derecho– [...] además de ser amigos y desenvolverse en los mismos círculos sociales y familiares, Silva Herzog y De la Madrid compartían idénticos puntos de vista económico-financieros[...]”. (Castañeda, Jorge. *La Herencia: Arqueología de la sucesión presidencial en México*).

El segundo, Carlos Salinas de Gortari, más artero: “Se ubicó, o fue ubicado, en la dependencia cercana al corazón de De la Madrid: Programación y Presupuesto, o de donde provenía el Presidente [...] la estrategia de Salinas fue trabajar en las sombras, sin disputarle al mandatario los rayos de luz”.

El primero, nuestro Hamlet, era el candidato a la sucesión con mayor capacidad para gobernar el país. El problema fue que cada portada de revista internacional donde aparecía representaba un golpe “leve al principio, artero al final, al ego de Miguel De la Madrid” (Castañeda, pág. 416). Cualquier comentario que se hacía sobre la falta de carisma del presidente, o sobre el exceso de ésta de su “segundo de abordo”, reducía cada vez más las oportunidades de Silva-Herzog. ¿Por qué? Porque lo más doloroso para el hombre insensato es perder el reconocimiento del poder, la aprobación de un *populus*. En este caso, una corona no era el símbolo del poder sino el carisma que volcaba a la opinión pública a favor de uno.

Salinas, nuestro Polonio, fue el sagaz que supo cómo encontrar el camino al poder. Nunca figuró a la luz pública, permitiéndole a su patrón obtener todo el crédito del trabajo de la Secretaria de Programación, con lo que se ganó el cariño y el mayor nivel de confianza del presidente. Conocemos el desenlace: Silva-Herzog optó por abandonar el camino, y el adulator obtuvo el poder.

Desafortunadamente, en la generalidad de los casos, los Polonios y la insensatez triunfan sobre los conscientes y racionales. Tal y como Shakespeare lo concibió en su momento y contexto, las cosas difi-

cilmente pueden ir mejor en el proceso de consolidación democrática de nuestro país mientras la principal fuente de carisma de un político sean las promesas y publicidad que se hacen en campañas donde, los ingenuos, creyendo que una vez en el poder luchará con sensatez por alcanzarlas, es víctima de la ceguera producida por la avaricia y locura del poder, desatendiendo así, una vez más, a los de abajo.

Según Shakespeare: “Lo que nos proponemos en el calor de la pasión, lo abandonamos” (*Hamlet*, pág. 1365). “Ser honrado, según anda hoy el mundo, equivale a ser escogido uno entre diez mil” (*Hamlet*, pág. 1351).

Esas dos sencillas razones escritas hace siglos explican por qué actualmente el sistema de rendición de cuentas padece de obstáculos que frenan su efectividad. Shakespeare creía que el hombre no colmaría su insaciabilidad de dominio, ni su vanidad, hasta el día del Juicio Final, donde el poder no es impune al rendir cuentas ante Dios. Hamlet, desesperado por intentar encontrar una esperanza para el bienestar de su nación y del mundo se preguntaba si existían:

“[...] aquellos cuyo temperamento y juicio se hallan bien equilibrados [...] un hombre que no sea esclavo de sus pasiones”

(*Hamlet*, pág. 1362)

La única respuesta positiva que podemos encontrar sobre la exitosa restricción de actos descabellados de un poderoso, son las instituciones. Aquéllas que lograron monitorear y contrarrestar el antiguo poder despótico de un rey o presidente mexicano del siglo XX. En México sigue existiendo impunidad, un manejo discrecional de la ley –afectando a los menos afortunados y protegiendo a los poderosos–, una notoria desigualdad social, aunque, sin caer en el cinismo, podría estar la situación mucho más cerca de un final “shakespeareano”. Somos testigos de tiempos en que instituciones autónomas legitiman el poder político de un gobernante haciendo válida la decisión ciudadana, y no tiempos plebiscitarios, como los del ex presidente Benito Juárez, cuando un gobernante “no conocía ninguna otra fuente de poder más que la opinión pública”. Esperemos.■

